

Política Plástica

Breve Ensayo sobre el Menemismo

y los Valores Culturales de la Sociedad Argentina

Pablo Palazzolo

"... porque así como los débiles están siempre buscando la igualdad y la justicia, los fuertes por su parte no se preocupan en nada de estas cosas".
Aristóteles. *Política*. Libro VI.

" El arte y la ciencia nos han hecho cultos en alto grado. Somos civilizados hasta el exceso, en toda clase de maneras y decoros sociales. Pero para que nos podamos sentir moralizados falta mucho todavía."
Emmanuel Kant. *Filosofía de la historia*. 1784.

INTRODUCCIÓN: Política, sociedad y cultura

En la relación entre cultura y política la causa se confunde con el efecto ¿ Son las pautas y directrices que la política, especialmente las derivadas de la actividad del poder político, envía a la sociedad las que determinan y modifican los rasgos culturales de los pueblos ? ¿ O son las características culturales de la sociedad las que definen el modo en el cual los pueblos hacen y viven la política ?

A pesar de que es importante, no se trata aquí de establecer relaciones rígidas de causalidad. Cultura y política cumplen el doble rol de causa y efecto al mismo tiempo. O en tiempos diferentes, pero dentro del mismo proceso o situación histórica. Durante un período dado, la política manda señales a la sociedad. Estas señales actúan como disparadores de comportamientos colectivos que modificarán la cultura, pero a su vez estos comportamientos y sus resultados estarán impregnados de las características culturales anteriores de la sociedad que las absorbe. Este circuito se irá regenerando una y otra vez: la política actuando sobre la cultura, ésta volviendo a actuar sobre la primera. Y en ello consistirá, en definitiva, una buena parte del devenir histórico de un pueblo.

Entre 1930 y 1989, la historia cultural y política de los argentinos giró sobre los ejes del orden y la democracia. En la década del noventa, cuando la forma de gobierno democrática fue definitivamente adoptada como la única posible, nuestra sociedad demandó la estabilidad económica. Carlos Menem supo satisfacer la nueva demanda, con las particularidades que se verán más adelante.

De cómo se desarrolló la interacción entre política y cultura antes y después del menemismo, de sus mutaciones, de sus consecuencias para la sociedad y de los condicionamientos que ha establecido para el futuro, tratará este ensayo. *

PRIMERA PARTE: Los valores culturales premenemistas

En 1991, una vez que Carlos Menem delegó en Domingo Cavallo la conducción de la economía argentina (y tal vez mucho más que eso) y éste implementó el Plan de Convertibilidad, el menemismo se sumó a una tendencia que modificó substancialmente el estilo de la política. Esta tendencia comenzó a registrarse en algunos países del Norte en la década del ochenta, y se trasladó al Sur en los noventa. ¿Cómo era la política argentina antes de los noventa, y cuál era su relación con la cultura y la sociedad ?

Orden y democracia

Más allá de la tiranía impuesta por los límites cronológicos, no debería caber dudas de que la historia política premenemista comienza en 1930. Ese año inauguró mucho más que una seguidilla de golpes militares en la Argentina. Significó la adopción por parte de la sociedad argentina de la posibilidad de la alternancia entre civiles y militares en el poder como valor cultural político primario. La sucesión de rupturas de la normalidad institucional "manu militari", cuyos hitos los constituyen los golpes de 1930, 1943, 1955, 1962, 1966 y 1976, no hubiera sido posible si nuestra sociedad no hubiera incorporado como valor cultural la necesidad de recurrir a los militares cada vez que una grave crisis, real o imaginaria, amenazaba en el horizonte.

Podrían exigirse algunas derivaciones secundarias a esta discusión. Como la de discernir si ese valor básico de recurrir a los militares como solución de los problemas nacionales tiene alguna relación con la tradición autoritaria de la sociedad argentina, heredada de nuestra hispanidad. No se debe olvidar que el valor básico de la cultura castrense es el orden, y los medios para lograrlo y mantenerlo son los principios de autoridad y obediencia. Es entonces muy probable que nuestra sociedad haya otorgado prioridad al valor del orden sobre los de la legalidad, la institucionalidad y la libertad en determinados momentos de su historia; y que haya visto en los soldados a los mejores canalizadores de esa ansiedad social.

En ese sentido, podría establecerse asimismo una conexión con la Argentina clásica. Los gobiernos conservadores previos al radicalismo también garantizaban el orden. Lo hacían, además, sin recurrir a los militares en el poder. Pero contaban con otro instrumento ilegal: el fraude electoral.

* Nota: en este ensayo se entenderá por Cultura el concepto en su sentido amplio; esto es el modo de actuar de una sociedad con sus costumbres y valores y su producto. Deberá desligarse el concepto de su sentido estricto relacionado con la actividad artístico-educativa.

Así como el temor al desorden social y a la coacción física le fueron dando una cierta legitimidad de facto a los fraudulentos gobiernos conservadores de la Argentina clásica, las mismas fobias sociales legitimaron los golpes militares de nuestra historia moderna. Con el transcurso del tiempo se fueron incorporando como valor político básico, casi una necesidad de los argentinos hasta 1983.

A partir de ese año el desgaste natural del ejercicio del poder, los sucesivos fracasos y las especiales atrocidades del Proceso de Reorganización Nacional finalmente igualaron a los hombres de las Fuerzas Armadas con el resto de los mortales políticos de estas latitudes, haciéndolos salir perdedores en el balance final de la política argentina. El valor democracia reemplazó definitivamente el valor orden en nuestra sociedad. O al menos, a pesar de las numerosas dificultades, dejaron de aparecer ya como valores culturales antagónicos.

Política y economía: el traslado en el sistema de valores

Más allá de las diferencias, de 1930 a 1990 fue un valor cultural de nuestra sociedad el convencimiento de que los problemas argentinos eran políticos y requerían soluciones políticas. Es cierto que esas soluciones podían ser provistas e instrumentadas por los políticos de vocación y carrera, o por los políticos "por otros medios", es decir los militares. Pero la fe social era depositada alternadamente en el Presidente electo, el de facto, el Congreso, la Junta Militar o el Partido Político; nunca en el ministro de Economía.

El consenso social acerca de que el origen y la solución de los problemas era la política marcó el tono de la discusión ideológica en nuestra sociedad. ¿Eran mejores unos u otros para resolver la continuidad y el desarrollo argentinos? Conservadores o radicales, peronistas o gorilas, izquierda o derecha representaron las dicotomías ideológicas clásicas. Todas llegaron al antagonismo y la confrontación extrema, incluso física, aportando sus propios colores a la tradición violenta de la política nacional. Una de estas confrontaciones, peronismo versus antiperonismo, llegó a ser una pasión nacional y dominó, condicionándola, la escena política argentina desde 1943 hasta nuestros días.

A pesar del consenso acerca de la naturaleza política de los problemas nacionales, se comenzó a insinuar en los setenta una tendencia hacia una mayor identificación económica de la problemática argentina. El primer gran impacto que motivó este inicio de traslado de los valores culturales en nuestra sociedad estuvo dado por el rodrigazo. Previo a este hecho, la economía era considerada como parte de la política. Los ministros de Economía, a pesar de que algunos de ellos portaban apellidos ilustres, eran vistos como personajes de segunda línea, cuyas medidas afectaban indirectamente a la sociedad dentro de un determinado contexto político. Conceptos tales como "P.B.I.", "tipo de cambio", "inflación", "balanza comercial", "emisión monetaria", "déficit fiscal" o "deuda externa", eran mucho menos importantes en la

imaginación social que las divisiones del radicalismo, las directivas políticas de un Perón exiliado o el consenso que el general de turno podía lograr en sus camaradas.

El rodrigazo cambió en ese sentido las cosas. Por primera vez las medidas instrumentadas por un ministro de Economía, Celestino Rodrigo, eran percibidas por los argentinos como las responsables directas de su suerte individual y colectiva. De ahí en más, la sociedad comenzó a mirar con mayor ansiedad la economía como algo separado y, en algunos casos, más importante que la política.

Al Proceso de Reorganización Nacional la sociedad no sólo le demandó orden y seguridad ante el recrudecimiento de la violencia política de los setenta. También le pidió la normalización de la economía. Así como los Grupos de Tareas eliminaron a los opositores pero no suprimieron definitivamente a la violencia política, la gestión de José A. Martínez de Hoz y sus sucesores estuvo lejos de dar una respuesta adecuada a la normalización económica que la sociedad reclamaba. Es más, uno de los resultados de la política económica implementada fue la instalación de la cultura de la especulación en casi todos los niveles de una sociedad que comenzó a consumir gran parte de su tiempo frente a las vidrieras de las financieras y las casas de cambio.

La restauración democrática que llevó al poder a Raúl Alfonsín en 1983 nació también condicionada por una doble demanda social, tanto política como económica. El político radical debió sintetizar, entonces, su respuesta dialéctica con el famoso slogan de campaña que rezaba que con la democracia se comía, se trabajaba y se estudiaba. Alfonsín debió, pero no pudo, equilibrar su respuesta ante la doble demanda. Acosado por el frente sindical y por los planteos de los militares (quienes no terminaban de asimilar su responsabilidad en los horrores de la guerra sucia), y urgido por la necesidad de afianzar la institucionalidad democrática en la Argentina, el presidente y su gobierno dedicaron sus mejores esfuerzos al campo político. Su respuesta económica más estructurada fue el Plan Austral, que fue perdiendo adhesión social a medida que su fracaso se hacía más visible. Su gobierno terminó hundido por la hiperinflación. Nada ilustra mejor el cambio de ánimo social y de valores culturales que la declaración de uno de los últimos ministros de Economía de Alfonsín, el venerable Dr. Pugliese, quien a la salida de una reunión con empresarios comentó que les había hablado con el corazón y ellos le habían respondido con el bolsillo. En realidad, era toda la sociedad la que estaba dando esa respuesta.

1989 es el año que marca el definitivo traslado de la economía como valor cultural primario de los argentinos, desplazando a la política. Este cambio cultural tuvo efectos importantes. En primer lugar, mientras que la política puede ser materia opinable de las mayorías, la economía requiere de cierta iniciación en sus conocimientos. Esto impuso un límite objetivo a la participación política: ante la complejidad de las crisis económicas pasó a resultar conveniente que tengan injerencia plena en los asuntos nacionales aquellos que saben de economía, los que obviamente no constituyen la gran mayoría. En segundo lugar, se difundió la idea de que si el origen

de los problemas nacionales residía en la economía, una vez aportadas las soluciones técnicas que encauzaran la hiperinflación la sociedad se vería redimida de sus males. El país se convertiría, así, en un gran proyecto de ingeniería financiera, acercándose fatal e inexorablemente al Fin de la Historia predicado por Francis Fukuyama.

El poder y la gloria

En 1989 Carlos Menem asumía el poder en la Argentina, después de un traspaso del poder no del todo ortodoxo. ¿Qué tipo de sociedad recibía al nuevo presidente?

Como se ha intentado explicar antes, la sociedad argentina había experimentado un cambio en su eje de valores culturales: lo económico reemplazaba a lo político. Ahora, saciados en su sed democrática y verificada una incipiente estabilidad política, los argentinos se enfrentaban a la inestabilidad económica. Los efectos de la hiperinflación del último tramo del gobierno de Raúl Alfonsín habían dejado impresos tonos de desesperanza y pánico en la imaginación social. Nada aparentaba peor que ver escurrirse de las manos el fruto de los esfuerzos minuto a minuto. Ni el mínimo proyecto -personal, empresarial o social- parecía posible. Los saqueos a los supermercados, la punta más visible del iceberg de la crisis, permanecerían mucho tiempo en la memoria social.

Menem, una de cuyas principales habilidades políticas de ese entonces fue la de saber leer la expectativa social, supo explotar dentro de ese contexto una imagen segura y serena. Aunque su plan de gobierno no resultaba del todo claro, y mientras algunos anunciaban su voluntad de autoexiliarse si el político riojano -cada vez menos patilludo- resultaba electo, una importante parte de la sociedad se encolumnaba detrás del slogan "Siganme, que no los voy a defraudar". El mensaje nada decía hacia dónde se dirigiría el nuevo líder, pero sonaba tranquilizador.

Cuando en la ceremonia de asunción presidencial un Menem exultante instaba a la Argentina a levantarse y andar, los argentinos habían firmado un cheque en blanco. La contraprestación a exigir sería el nuevo valor cultural de nuestra sociedad de los noventa: la estabilidad económica.

SEGUNDA PARTE: Los tiempos del menemismo

Los primeros tiempos de la administración menemista no fueron dulces. Si bien el nuevo presidente tenía el apoyo de la mayoría de la sociedad que lo había votado, eran numerosos los conflictos que debía enfrentar.

El frente político se caracterizaba por la falta de una oposición articulada, como consecuencia del caótico final del gobierno de Raúl Alfonsín. Por el contrario, los peligros más reales surgían de las sangrientas internas del justicialismo. Menem supo resolverlas erigiéndose como único árbitro de esas disputas, lo cual le permitió evitar que los puestos de poder fueran ocupados por funcionarios que no le eran totalmente adictos. Ser fiel al presidente era la clave para tener un lugar bajo el

nuevo sol; la idoneidad o la honestidad eran detalles secundarios.

En el frente militar los problemas se solucionaron cuando Menem, con su habitual falta de pudor, firmó los indultos para los comandantes y demás implicados en la represión ilegal que no habían sido alcanzados por la obediencia debida y punto final alfonsinistas. Cuando los carapintadas intentaron su último golpe de efecto, se toparon con unas Fuerzas Armadas legalistas. Aldo Rico pudo abrirse a tiempo, en una operación que terminó dividiendo al frente carapintada. Seineldín finalizó preso, con su proyecto político más utópico que nunca. Las sucesivas participaciones de contingentes militares argentinos en misiones internacionales bajo el auspicio de las Naciones Unidas sirvieron para descomprimir cualquier tensión residual.

El frente sindical también fue dominado. El origen peronista de Menem le facilitó las cosas para provocar la división de los sindicalistas. El grupo de los siempre dispuestos a transar con el poder se quedó en la C.G.T. Otro sector se abrió para formar lo que luego serían el M.T.A. y el C.T.A. Paradójicamente, Saúl Ubaldini, que había liderado la feroz oposición gremial al gobierno alfonsinista, volvió a quedar ubicado en la vereda opuesta al gobierno.

En el primer año y medio de su mandato, Menem pudo resolver las cuestiones política, militar y sindical. Sin embargo estos temas, a pesar de su importancia, no constituían una prioridad a los ojos de la sociedad argentina. Existían otros dos frentes en los que la tormenta, lejos de amainar, amenazaba con complicar las cosas. Ambos estaban, además, íntimamente relacionados.

Uno de ellos era el frente internacional. La imagen de Carlos Menem en el exterior era mala. Sólo la magnitud de los desaguizados del último tiempo del gobierno de Alfonsín y los esfuerzos de algunos operadores políticos, pudieron lograr de Washington y Wall Street una precaria posición no hostil ante el nuevo mandatario. Menem cumplió con las expectativas de los que aconsejaban al poder internacional: la alineación incondicional con los Estados Unidos y el acatamiento de las directivas de los organismos financieros internacionales se convirtieron en los ejes de su política exterior. A partir de entonces, el diálogo con la administración republicana fue más que cordial. El embajador Todman se convirtió en el extranjero mejor escuchado de Buenos Aires; el Proyecto Cóndor fue desactivado; Fidel Castro volvió a ser el enemigo internacional número uno de la Argentina; se restablecieron las relaciones con Gran Bretaña; y se eliminó todo elemento que pudiera enturbiar las relaciones mutuas con los norteamericanos. Relaciones que fueron definidas por el actual ministro Guido Di Tella como "carnales". El ministro se cuida, sin embargo, de aclarar quién juega en ellas el rol pasivo.

El otro frente conflictivo a resolver lo constituía, obviamente, el económico. Para calmar las inquietudes internacionales e internas Menem gestó, a los inicios de su administración, una alianza con Bunge y Born, una de las corporaciones empresarias más importantes de la Argentina. Bunge y Born designó a los dos

primeros ministros de Economía de Menem, luego la alianza se rompió. Hubo un tercer ministro, Erman González, surgido del círculo íntimo del presidente. Todos se dedicaron, con mayor o menor esfuerzo a administrar la crisis heredada, pero no pudieron inventar una solución definitiva. Para fines de 1990 la hiperinflación volvía a ser una amenaza, y la inseguridad económica continuaba siendo la preocupación básica de los argentinos. Menem no pagaba aún el cheque en blanco que le había extendido la sociedad.

Antes y después de

Cuando los historiadores escriban la saga del menemismo, estarán obligados a marcar la diferencia entre el antes y el después del ascenso de Domingo Cavallo al rol de superministro y consorte del poder. Cavallo ocupó las dos carteras cruciales del gobierno: en primer lugar, la de Relaciones Exteriores. En segunda instancia, y durante los últimos seis años, la de Economía.

¿Qué unió a Carlos Menem y Domingo Cavallo, dos productos culturales tan disímiles? Menem, hijo de una familia de origen árabe radicada en una de las provincias más pobres, ganó los galones de su carrera política explotando una imagen de caudillo pícaro. Todos conocen su actuación como gobernador de La Rioja; pocos desean extenderse sobre los resultados de su gestión. Es una coincidencia generalizada que las principales virtudes políticas de este abogado riojano son la intuición y el fino olfato para ubicar los caminos más directos hacia el poder. Cavallo es su contracara. Típico profesional surgido de la clase media cordobesa, es el arquetipo del self made intelectual nacional. Una impecable carrera universitaria, jalonada con un doctorado en Economía de Harvard, le dotó de sus cualidades técnicas. Su carrera hacia el poder se basó en su inteligencia, sus logros académicos y los contactos con el poder internacional que supo cultivar. Su antecedente inmediato en la función pública está dado por su gestión en el Banco Central durante el último tramo del Proceso de Reorganización Nacional.

¿Qué convirtió, entonces, a estos hombres tan dispares en dos piezas complementarias, artífices del cambio cultural más grande de los últimos tiempos? Uno poseía el carisma para convencer a la sociedad; el otro, los conocimientos y los contactos necesarios para satisfacer la aspiración social básica. Ambos se hallaron recorriendo la misma ruta unidos por una inquebrantable vocación de poder. La misma que terminaría luego separándolos.

En 1991, Domingo Cavallo presentó su plan económico. La perla más preciada del mismo fue la Ley de Convertibilidad, que equiparaba la moneda nacional con el dólar estadounidense en una relación paritaria de uno a uno. La ley ponía un freno, además, a la emisión monetaria descontrolada, ya que estipulaba que cada peso en circulación debía tener su correspondiente dólar en caja. Mientras que el gobierno aseguraba que poseía las divisas para soportar la estrategia de la convertibilidad,

establecía -ahora que no se podía emitir porque sí- los modos para equilibrar las cuentas públicas. La fórmula consistía en aumentar los ingresos por medio de un incremento en el I.V.A. y otros impuestos, dotando para ello a la Dirección General Impositiva de un poder casi policial para combatir la evasión. A instancias de Cavallo, y junto a una gran campaña propagandística de apoyo, el Congreso promulgó una severa Ley Penal Tributaria cuyo cumplimiento resultó parcial. El otro denominador de la fórmula era la reducción del gasto público, que también resultó ser selectiva. En su nombre se profundizó el proceso de privatizaciones de empresas estatales y se implementaron proyectos tales como la reforma del sistema previsional, que también fue privatizado. Poco se habló, sin embargo, sobre reconvertir la administración pública, quizás por ser ésta el reducto del sistema de prebendas de la clase política. El plan fue complementado con una total apertura económica, que abrió paso a una importación casi sin límites.

El impacto del nuevo plan económico sobre la sociedad fue importantísimo. Los precios, que se regían por el patrón dólar, dejaron de subir al mantenerse su paridad estable. En realidad, algunos precios sufrieron incrementos de reacomodamiento hasta estabilizarse (en especial, los de los servicios públicos provistos por las empresas privatizadas), aunque pocos prefieren recordar este detalle. De todos modos, la Argentina se volvía previsible. El crédito volvía en su posmoderna versión de tarjeta plástica, y permitía liberar las ansias de consumo de la sociedad retenidas por mucho tiempo culpa de las sucesivas crisis. Los argentinos comenzaban a acariciar una nueva ilusión de felicidad.

El momento no podía ser mejor. Las privatizaciones habían traído el mundo exterior a un país cuya queja histórica era la de haber quedado aislado de todos los grandes procesos. La fiebre de consumo inauguraba los primeros shoppings. Los nuevos negocios emergentes, como el de la jubilación privada, auguraban una era de prosperidad sin límites. Mientras el presidente no se cansaba de festejar la entrada sin escalas de la Argentina al Primer Mundo, los derrumbes de los gobiernos comunistas de la Unión Soviética y de Europa Oriental, y el apoyo de los Estados Unidos al nuevo proceso argentino, no hacían más que consolidar el modelo. Con las espaldas bien cuidadas por Cavallo y los poderes de la República bajo su control, Menem podía ahora disfrutar. La fiesta había comenzado.

La Argentina eufórica

Junto a su presidente, la sociedad se dispuso a gozar de los nuevos tiempos. El dinero plástico permitió a los argentinos adquirir los electrodomésticos que antes entraban por el contrabando y que ahora, gracias a la apertura de la economía, lucían libremente en los estantes comerciales de todo el país. La posibilidad de comprar en cuotas no sólo estimuló la renovación del parque automotor, también ayudó a saciar la sed cosmopolita de nuestro pueblo. Miami, el Caribe y Brasil

dejaron de ser destinos exclusivos, para transformarse en los nuevos paraísos de quienes pregonaban que no volverían a veranear en las frías playas de nuestras costas. Punta del Este incorporaba nuevos personajes a su "jet set". En sus arenas se empezaron a mezclar los políticos de moda con los artistas, los regocijados empresarios con las modelos "top".

El mundo de los negocios también se vio tocado por la varita mágica. Las actividades emergentes, algunos de los viejos emprendimientos que como, la industria automotriz, volvían a florecer, y las empresas extranjeras, que instalaban sus carteles en la marquesina nacional, ayudaron a crear el nuevo prototipo argentino: el "yuppie" vernáculo. Los popes internacionales del marketing, la negociación y la ingeniería empresarial desembarcaban, personalmente o vía teleconferencia, a entregar los nuevos conocimientos en los lujosos salones de los hoteles cuya reciente construcción ponía a las principales ciudades del país a la altura de cualquier urbe primermundista. La algarabía que producían los nuevos negocios por venir se reflejaba en la Bolsa, engordada por las acciones de las empresas privatizadas y por capitales sobre cuyo origen nadie se atrevía a inquirir. A medida que nuevos ludos -que alimentaban las ilusiones populares de fortuna fácil- surgían, la "timba" sería apostaba sus fichas a las variaciones del Merval.

Con la inapreciable ayuda de los "fast foods", la vida se hacía cada vez más rápida. Enfundados en sus trajes de corte italiano, portando teléfonos celulares -nuevos símbolos de status-, y recorriendo vidrieras políglotas, miles de argentinos creían haber pasado a una dimensión que ni el más feliz de sus sueños hubiera podido pintar unos pocos años atrás. Una sensación de bienestar material se esparcía sobre el cuerpo social. ¿No era ésta la realización de los valores postergados de nuestra Argentina? ¿No era esto, acaso, lo que la sociedad le había reclamado al gobierno? Seguramente sí. Y tal vez mucho más.

El efecto Tinelli

La televisión, el más poderoso de los medios de comunicación masiva de nuestra época, constituyó un instrumento valiosísimo en la conformación de este nuevo modelo cultural. Es necesario aclarar a esta altura que el menemismo no gestó solamente un cambio político o económico; la transformación generada abarcó todos los niveles de la sociedad argentina, lo cual lo convierte en el catalizador de un cambio cultural profundo.

Una de las primeras privatizaciones llevadas a cabo por la administración menemista fue la de los canales de televisión, que pasaron a manos de grupos empresariales con experiencia en la comunicación masiva. Adhiriéndose a una tendencia originada en otras partes del mundo, el país pasó a contar con conglomerados multimedia. En tiempos de culto de la imagen, las pantallas de los televisores empezaron a mostrar cuán poderosas pueden ser las nuevas tecnologías y

concepciones de la comunicación.

TELEFE, la adjudicataria del viejo Canal 11, fue la empresa que más éxito tuvo en difundir la esencia del nuevo modelo. Ese éxito se basó en un trípode de observancia rigurosa para los beneficiarios, y demás aspirantes a serlo, de la Nueva Argentina. "Tiempo Nuevo" mostraba a un Bernardo Neustadt que, ya divorciado de la profundidad reflexiva de Mariano Grondona, podía hacer llegar al corazón de Doña Rosa los ideales del nuevo sistema. Cuando a raíz de una enfermedad del periodista el presidente Menem condujo una de las emisiones del programa, la identificación mutua había llegado a su cenit. "Hola Susana" formaba la segunda pata del trípode. El vetusto glamour de la diva hacía suspirar aún a millones de televidentes que veían en ella la cristalización de lo que se desea ser en la vida. La posibilidad, además, de obtener succulentos premios estimulaba la libido lúdica de las mayorías. "Videomatch" y sus diversas versiones, finalmente, marcaba el ascenso de un gritón Marcelo Tinelli que evolucionaba desde el "blooper" deportivo a la burla organizada con premeditación.

Los tres programas tenían cosas en común. Sus conductores usaban un lenguaje llano y casi despistado, lo cual los hacía divertidos y entendibles. Verlos permitía, además, el ejercicio de pensar en nada. Pero por sobre todas las cosas, dejaban el mismo mensaje en la sociedad: con la manipulación, el juego, el cholulismo y la tontería se podía llegar al éxito, y tal vez, a la misma felicidad. Valores como el de la serena reflexión, la cautela, el trabajo arduo y la buena educación, demasiado pesados para una cultura cada vez más "light", quedaban como recuerdo de peores épocas. Total, y parafraseando a un famoso sindicalista del menemismo, en la Argentina la plata no se hacía trabajando. Lo cual podía peligrosamente significar que el futuro tampoco.

El efecto Miami

Es conocida la atracción que la cultura estadounidense ejerce sobre los latinoamericanos. En el caso particular de la Argentina, esa atracción ha ido en aumento desde la década del cincuenta, cuando el tradicional deslumbramiento nacional por lo europeo fue debilitándose de la mano de los nuevos vientos que soplaban en la escena mundial.

En Estados Unidos existen diferentes puertos por donde la cultura de ese país se irradia o por donde recibe las influencias extranjeras. San Francisco es el punto de partida hacia el Pacífico. Nueva York, hacia Europa. Y Miami cumple la misma función con América Latina.

Esta última ciudad posee características especiales. La mayoría de su población es de origen hispano, principalmente nutrida por exiliados de la Cuba castrista. Antiguos funcionarios del régimen de Batista, perseguidos políticos, desencantados posteriores y ex presos comunes, fueron arribando a las costas estadounidenses en

sucesivas tandas desde finales de los cincuenta. Los que llegaron en las épocas de expansión y prosperidad económica pudieron cumplir su sueño americano, alcanzando un buen nivel de vida.

Estos movimientos migratorios fueron forjando una nueva subcultura. En ella se mezclaron los viejos rencores políticos con el folklore musical, el idioma inglés con el español caribeño, el despreocupado estilo de vida latino con el vértigo empresarial norteamericano. De esa simbiosis nació un nuevo estereotipo: el cubano de Miami, cuyos rasgos básicos oscilan entre lo estadounidense y lo hispano, en una definición cada vez más híbrida. Para este estereotipo, como para todo emigrante, lo material adquirió preponderancia, sobrepasando con creces a cualquier otra motivación.

El progreso material de los cubanos de Miami, agigantado por la ostentación latina, brilló como un irresistible imán para otros latinoamericanos y deslumbró, también, a algunos personajes vernáculos. Los buscadores de Mecas que tenían intereses académicos o científicos emigraron hacia otros sitios de Estados Unidos. Pero los que tenían intereses artísticos recalaron en lo que se conoció como la comunidad artística de Miami, un engendro en el que se entremezclaron cantantes, humoristas, modistas y conductores de programas de televisión con narcotraficantes y otros tipos de calaña variada. La comunidad artística de Miami pasó a ser, además, la rampa de lanzamiento para quien quisiera conquistar los mercados artísticos latinoamericanos. Un nuevo "jet set", para consumo de centro y sudamericanos, iba surgiendo.

En la Argentina de la euforia menemista, y con la lubricación necesaria que proporcionaban las "relaciones carnales", desembarcó parte de esa farándula. Cuando se inauguraron los primeros "boliches" de salsa en Buenos Aires, o cuando la bailanta -versión local de la música pop latina- irrumpió en los reductos de las clases altas nacionales, no se trataba de la influencia hondureña, costarricense o venezolana. La movida venía de Miami, así como las telenovelas comenzaron a llegar de Puerto Rico, su correlato insular.

Música y telenovelas no fue lo único que llegó de la Perla de la Florida. Con ellas se transmitía, además, la idea de que, en un ambiente adecuado, un latinoamericano podía sentirse realizado materialmente, todo un ganador. Ese "ambiente adecuado" lo había armado Estados Unidos en Miami, y podía y debía ser reconstruido en otras partes del continente. ¿Qué otra cosa podía significar el triunfo de ídolos como José Luis Rodríguez o Susana Giménez, asiduos "habitués" de esa especie de segunda patria? Es cierto que ellos eran exitosos antes de desembarcar en Miami, pero fue esta ciudad la que les dio su verdadera proyección continental.

La influencia sería únicamente artística si no hubiese sido completada con la política. La Argentina menemista no sólo compró en Miami un modelo cultural premoldeado y adaptable, también importó el gobernador de uno de sus estados. Ramón "Palito" Ortega, el ex cantante popular, que los malos negocios habían empujado a la nueva

Meca en los ochenta, utilizó su imagen de exitoso empresario en el Sur del Norte para lograr ser electo gobernador de Tucumán en los noventa. Mientras ahora aspira a una candidatura presidencial habría que recordar, como una oscura premonición, que su gestión dio lugar a que lo sucediera en el poder de su provincia uno de los más trágicos personajes de la última dictadura militar. El general Bussi hace hoy política con un arma sobre su escritorio gubernamental.

TERCERA PARTE: El posmenemismo: un nuevo interrogante

La cruda realidad

Desde la implementación de la convertibilidad hasta fines de 1994 el modelo menemista se mantenía sin resquebrajamientos. Con los resortes del poder bajo su control, una oposición que seguía en terapia intensiva y la economía bien cuidada por Domingo Cavallo, el presidente Menem jugaba al juego que más le gusta: el del poder.

Gracias a la complicidad de un Raúl Alfonsín ávido de protagonismo, pero sobre todo al aval de una sociedad dispuesta a perdonarlo todo a cambio de la estabilidad económica, la reforma de la Constitución fue posible. De ahí a la reelección bastó sólo una campaña bien organizada, montada sobre el eje de que la única alternativa al caos era Carlos Menem. Para marcar las diferencias en los tiempos basta la siguiente comparación: mientras que la campaña que llevó a la primera magistratura a Alfonsín en 1983 se fundó en la esperanza de una transformación, la que lograría la reelección de Menem doce años después se articuló en base a la apelación del miedo al cambio.

En 1995 la sociedad argentina comenzaba a tener motivos para temer. La política económica de Cavallo iba mostrando sus demasiados puntos débiles. El gasto público no había bajado. A pesar de que la presión impositiva había logrado aumentar la recaudación de las arcas del Estado, el déficit fiscal seguía incrementándose. La actividad económica, por su parte, había comenzado a desacelerarse. Ya se había vendido más de lo que el mercado podía absorber, ahora había que pagar los compromisos adquiridos y el dinero plástico empezaba a probar que no era tan real. A medida que los despidos iban haciéndose notar, se debilitaba la capacidad de pago de los argentinos endeudados.

En ese contexto hizo su aparición el efecto Tequila. La crisis mejicana, que demostró el desenlace de los procesos en los que se mezclan el capitalismo salvaje con altos grados de corrupción dirigencial y el subdesarrollo estructural, se expandió por América Latina y recaló en la Argentina. Como en el resto de los países americanos, los capitales también huyeron del país. Numerosas instituciones bancarias se vieron imposibilitadas de recuperar el dinero prestado, y se hallaron en serias dificultades para devolver sus propios empréstitos. Esto motivó la quiebra de varios

bancos, con la consiguiente restricción definitiva del crédito y -por ende- de la circulación de dinero en la sociedad. Mientras que muchos proyectos iban siendo abandonados, la actividad económica registraba ya una abrupta caída. Como corolario, la desocupación se instalaba alcanzando a un 20 % de la población económicamente activa.

Una vez asegurada la reelección del presidente, el gobierno comenzó a enviar las primeras señales de ajuste. El ajuste significaba, en primera instancia, un reconocimiento con fórceps de que la situación económico-social del país era crítica; la aceptación de que la recesión y la desocupación habían llegado para quedarse, y que los tiempos de la euforia habían quedado atrás. En segundo lugar, el ajuste prometía sudor y lágrimas, pero sobre todo esto último, a un cuerpo social agobiado por los impuestos, los créditos a pagar, la falta de ventas y nuevos negocios, las altas tarifas de los servicios públicos y el miedo a perder las fuentes de trabajo. El gobierno, reconociendo el déficit estatal, elucubraba nuevos planes para aumentar impuestos, bajar sus costos laborales con podas en los beneficios de los trabajadores y privatizar lo que aún quedara. Cavallo, exasperado por la falta de resultados, proponía salir de la crisis recesiva con irritantes medidas que causarían mayor recesión.

A medida que la crisis económica se profundizaba, asomaron las lacras políticas del menemismo. El binomio de poder Menem-Cavallo fue mostrando sus fisuras. Era lógico: mientras el ministro proponía soluciones desde su ortodoxia técnica, el presidente se atormentaba por la incertidumbre sobre la aplicación de medidas impopulares que erosionarían su base de consenso. La falta de tacto político del titular de Economía, sus roces con los políticos ultramenemistas debido a sus inciertas ambiciones futuras en medio de un ambiente caldeado hicieron el resto. A mediados de 1996 Menem prescindió de sus servicios, reemplazándolo por Roque Fernández, un técnico de perfil bajo.

La Argentina actual es el resultado de esos procesos. Convertida la recesión en un mal crónico, los argentinos se sienten menos dispuestos que antes a perdonar la corrupción generalizada. Ya se habla con voz más fuerte sobre temas tales como la concentración del poder político y económico, y la oposición, desde el Frepaso de Carlos Álvarez y la Unión Cívica Radical de Rodolfo Terragno, ha hallado un campo propicio desde el cual retomar la iniciativa y pensar en discutir el poder al menemismo o a sus herederos en 1999.

La Argentina triste

La sociedad argentina actual se halla en un momento de confusión, producto de una nueva frustración histórica. Así como se sintió defraudada cuando el Proceso de Reorganización Nacional le prometió orden y finalizó en el peor de los caos; o como cuando Alfonsín regalaba en la democracia la panacea universal y terminó entregando el poder en medio de la hiperinflación; hoy ha comenzado a advertir -y

en forma harto dolorosa- que estabilidad económica no necesariamente significa prosperidad y bienestar. Es más, se está dando cuenta que puede significar todo lo contrario dentro del modelo vigente.

La euforia de los primeros años del menemismo ha pasado definitivamente. Las largas colas de desempleados, las nuevas restricciones impuestas por los paquetes de medidas económicas que bajan desde el poder, la incertidumbre acerca de la posibilidad de este gobierno para dar soluciones reales a los problemas de todos y el peso de las nuevas dificultades cotidianas, han provocado la mutación del ánimo social. Hoy nuestra sociedad está, además de preocupada, triste y angustiada.

El dolor social no genera todavía reacciones estridentes ni ha provocado situaciones de convulsión social violenta. Pero la desesperanza es mensurable. Una encuesta realizada por la consultora Gallup Argentina y publicada en *Página/12* (23.VIII.1996) registra los siguientes resultados sobre la confianza en las instituciones: mientras el 51 % población manifestó confiar mucho o bastante en la prensa, sólo un 11 % admitió hacerlo en la Justicia, un 10 % en el Congreso y un ínfimo 4 % en los partidos políticos. Esto es muy peligroso, ya que la prensa, a pesar de su credibilidad ética, no podrá ni deberá gobernar nunca en una democracia. Demuestra, además, que a los argentinos no sólo los agobia el presente; también lo hace la falta de claridad en las perspectivas para el futuro.

El 2000 nos encontrará...

Para ese, nuestro futuro, habrá que tener en cuenta lo siguiente. En primer lugar, que el país se ha transformado definitivamente. Esto implica que todo lo que se haga deberá partir de la aceptación de lo que ya está, exigiendo una cuota más de razonable realismo. Si no se hace así, caminaremos inexorablemente hacia una nueva frustración.

En segundo lugar, y desde lo político, será necesario recuperar la República. Un Poder Ejecutivo con una adecuada cuota de poder que garantice el funcionamiento del gobierno, pero que respete la independencia del Poder Legislativo y del Poder Judicial, será indispensable para minimizar la corrupción y recuperar la confianza social en las instituciones naturales de la democracia como motor de toda actividad. De lo contrario, habremos reemplazado la política por la salvaje lucha de las fieras.

En tercer lugar, habrá que coincidir en que la economía debe estructurarse al servicio del hombre. Esto, que parece un agradable postulado de aplicación imposible en los marcos mundial y nacional actuales, deberá -sin embargo- sentar la base ética de cualquier programa económico. Lo opuesto equivaldría a legitimar el todo vale, y abandonar la suerte de las mayorías a la voluntad de los más fuertes.

En cuarto lugar, se deberá considerar que el orden, la democracia y la estabilidad económica continúan siendo valores básicos de nuestra cultura, aunque no los únicos. Habrá que pensar que la sociedad ahora también reclama crecimiento y ética. Y que

el logro de todas estas aspiraciones serán fruto de la educación y el trabajo, no del impacto exitista. Si no admitimos que la felicidad no se alcanza por decreto, estaremos avalando una nueva forma de demagogia.

Un razonable realismo, la recuperación de las instituciones de la República, una economía al servicio del hombre y la búsqueda de nuestros valores culturales fundamentales deberán ser contenidos de mínima en cualquier programa que se implemente para salir de nuestra crisis actual. Como todo en la vida, hacerlo o no es una opción. En las puertas de un nuevo milenio, tal vez sea ésta nuestra última gran opción.

FUENTES

Bibliografía de consulta

- FLORIA, Carlos A. y GARCÍA BELSUNCE, César A.. *Historia de los argentinos* Tomo II. Ediciones Larousse Argentina S.A.I.C.. Buenos Aires. 1992.
- GRONDONA, Mariano. *El posliberalismo*. Editorial Planeta Argentina S.A.I.C.. Buenos Aires. 1992.
- LUNA, Félix. *Golpes militares y salidas electorales*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1983.
- MAJUL, Luis. *Los dueños de la Argentina. La cara oculta de los negocios*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1992.
- MORALES SOLÁ, Joaquín. *Asalto a la ilusión*. Editorial Planeta Argentina S.A.I.C.. Buenos Aires. 1990.
- ROJAS, Enrique. *El hombre light. Una vida sin valores*. Editorial Planeta Argentina S.A.I.C.. Buenos Aires, 1996.

Diarios

- Diario *Clarín*.
- Diario *La Nación*.
- Diario *Página/12*.

Citas

- ARISTÓTELES. *Política*. Editorial Porrúa S.A.. México D.F.. 1981.
- KANT, Emmanuel. *Filosofía de la Historia*. Fondo de Cultura Económica. México D.F..1985.